

El país de las mil y una noches

“Sabed que cuando regresé a Bagdad me reuní con mis amigos y conocidos y viví en la más completa tranquilidad, satisfacción y alegría. Pronto olvidé los sufrimientos y me dediqué...a disfrutar de la más dulce de las vidas”
“Cuarto Viaje de Sinbad el Marino”, pág.73.

Cuentan que en tiempos remotos hubo un país donde su belleza, sus cálidas gentes y sus riquezas no tenían parangón con ningún otro lugar. Era “El país de las mil y una noches”. La realidad y la fantasía coqueteaban bajo la banda sonora que emanaba de la naturaleza, al tiempo que Sinbad surcaba el cielo recostado en su alfombra mágica...

Cientos de años después, en el mismo lugar, un poderoso “sultán” no solo gobernaba con mano de hierro y escrúpulos de acero a su pueblo sino que osaba desplantar, crispar y desobedecer al que, desde hacía un tiempo, se había convertido en el “gran sultán” del mundo. Con este panorama, el resto de sultanes, visires y gobernadores del planeta trataron de mediar en el conflicto sin éxito en sus pretensiones. Un fracaso absoluto y sonrojo para aquellos que creían que aún era posible solucionar los problemas a través del diálogo y el consenso. No hubo acuerdo, y el “gran sultán”, junto a sus aliados, desplegó un poderoso ejército para combatir contra el tirano.

La banda sonora tornó de melodía dejando paso a un redoble continuo de bombas y ametralladoras; los B-52 usurparon el cielo a las alfombras voladoras y ya sólo quedaba de aquel maravilloso país el miedo en el rostro de sus gentes y... sus riquezas.

Una vez más se cumplía la máxima de que el hombre es el arma de destrucción masiva más letal y, como suele ocurrir en estas historias, la realidad, tristemente, supera a la fantasía más perversa.

Mientras los gobernantes debatían por qué se había llegado al conflicto, quién tenía la razón y, cómo terminaría el enfrentamiento, lo cierto, lo único cierto hasta ese momento era que el hombre seguía no tropezando, sino estrellándose, con esa misma piedra que nos recuerda lo imperfectos que somos: Las Guerras.

La desmemoria nos afecta en ingentes proporciones y, a pesar de considerarnos más civilizados, seguimos eclipsando la razón con intereses de dudoso origen. Las adhesiones y los rechazos configuran el panorama político (espejo de lo social) que buscan en el maquiavelismo informativo apropiarse de la verdad como si ésta, en una guerra, tuviese propietario. Noticias falsas, engaños, argucias, todo vale para lograr ventajas en el campo de batalla y estrechar la mano a las crueldades a las que el hombre es incapaz de imaginar pero capaz de llegar.

Hay más de medio centenar de tiranos gobernando los países del mundo, más de una veintena de conflictos armados y miles de personas pierden la vida cada día porque son “daños colaterales” de las ansias del poder.

Quizás, algún día, podamos ilusionarnos por un mundo saturado de tolerancia, donde la palabra destrone a la bala y la humanización a la deshumanización, quizás, algún día, podamos decir que hemos vivido en el país de las mil y una noches... ■